

Punto muerto. Los debates del Partido Socialista en los años del primer peronismo.

Ricardo Martínez Mazzola.

Cita: Ricardo Martínez Mazzola (2012). Punto muerto. Los debates del Partido Socialista en los años del primer peronismo. *VII Jornadas de Sociología de la UNLP*. Departamento de Sociología de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, La Plata.

Dirección estable: <http://www.aacademica.org/000-097/111>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. *Acta Académica* fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <http://www.aacademica.org>.

VII Jornadas de Sociología de la UNLP

"Argentina en el escenario latinoamericano actual: debates desde las ciencias sociales"

La Plata, 5, 6 y 7 de diciembre de 2012

Mesa 10:

Bajo el signo de las masas. Las identidades políticas en Argentina (1916-1955)

Punto muerto. Los debates del Partido Socialista en los años del primer peronismo

Ricardo Martínez Mazzola (CONICET-UNSAM-UBA)

E-mail: ricardomm17@yahoo.com

La ponencia propone abordar las reconfiguraciones que el discurso de una de las fuerzas políticas que usualmente identificadas con el antiperonismo, el Partido Socialista, experimentara entre 1946 y 1953. Aunque la indagación acerca de las interpretaciones socialistas acerca del peronismo presenta importantes antecedentes, la mayoría de los trabajos se ha concentrado en un período decisivo: el que va del 4 de junio de 1943 al 17 de octubre de 1945. En cambio, lo que aquí se propone es abordar otros tres momentos clave – el de las elecciones de 1946, el del debate acerca de la reforma constitucional en 1948 y el del 37° Congreso del PS en 1950- con el fin de señalar cómo el enfrentamiento con la experiencia peronista abrió un debate que agitó las aguas del PS suscitando importantes reconfiguraciones, tanto en la interpretación del movimiento liderado por Perón, como en las estrategias con que enfrentarlo, y aún en los límites de propia identidad socialista. El recorrido se cierra en 1953, momento de agudización del enfrentamiento con el peronismo, cuando, ya sin debate, impuso su monopolio la mirada la mirada de la conducción partidaria, cerrilmente antiperonista.

Punto muerto. Los debates del Partido Socialista en los años del primer peronismo

El peronismo constituye desde hace décadas un objeto privilegiado de las ciencias sociales argentinas, al punto que se puede afirmar que la “sociología científica” alcanzó una importante legitimidad social a partir de la promesa de poder suministrar la clave de un fenómeno al que se suponía esquivo y enigmático. El interés inicial nunca se apagó, prueba de ello son los innumerables trabajos que, en los últimos años, se propusieron iluminar distintos aspectos –desde la política provincial a la vida cultural, desde las políticas sociales a la imagen de la mujer- del popular movimiento.

Mucho menos numerosas, en cambio, han sido las indagaciones acerca del espacio político no peronista, un espacio que, en general, las ciencias sociales percibieron como meramente reactivo. El ejemplo paradigmático de tal interpretación se halla en la obra del padre de la sociología científica argentina, Gino Germani (1962 y 2003), quien pensó al antiperonismo como un caso de “movilización secundaria”, opuesta a la “movilización primaria” llevada adelante por los seguidores de Perón.¹ Las miradas “revisionistas” que desde fines de los ’60 revisaron las tesis germanianas no discutieron el carácter reactivo del antiperonismo, por eso la indagación por las fuerzas políticas no peronistas siguió siendo escasa.

La situación comenzó a cambiar cuando, en años recientes y de la mano de trabajos como los de Bisso (2002), García Sebastiani (2005 y 2006) Fiorucci (2006) y Nallim (2006), comenzó a imponerse una nueva mirada que habilitó el interés acerca de las fuerzas opuestas al peronismo. Para esta interpretación –que, ¡cuándo no! retoma algunas lejanas intuiciones de Tulio Halperin Donghi (1956)- existiría una continuidad entre antifascismo y antiperonismo. Lejos de ser una mera respuesta reactiva a la movilización peronista, el antiperonismo retomaría ciertas “pautas de entendimiento político” (García Sebastiani 2005) nacidas en el combate a los gobiernos conservadores de los años ’30 y consolidadas durante los años que siguieron a la revolución de junio de 1943.

En este trabajo no intentaremos saldar la cuestión acerca del carácter continuista o reactivo del antiperonismo sino, más puntualmente, abordar las reconfiguraciones que el discurso de una de las fuerzas políticas que usualmente identificadas con el antiperonismo, el Partido Socialista, experimentara entre 1946 y 1953. Debe señalarse que la indagación acerca de las

¹ Para la conceptualización del antiperonismo por parte de Germani véase Azzolini (2010).

interpretaciones socialistas acerca del peronismo presenta importantes antecedentes - Altamirano (2001a, 2001b), Bisso (2002), García Sebastiani (2005 y 2006), Panella (2005), Herrera (2005), Burdman (2008), Viana (2009)-; sin embargo la mayoría de estos trabajos se ha concentrado en un período decisivo: el que va del 4 de junio de 1943 al 17 de octubre de 1945². Nuestra propuesta, en cambio, es abordar otros tres momentos clave – el de las elecciones de 1946, el del debate acerca de la reforma constitucional en 1948 y el del 37° Congreso del PS en 1950- con el fin de señalar cómo el enfrentamiento con la experiencia peronista abrió un debate que agitó las aguas del PS suscitando importantes reconfiguraciones, tanto en la interpretación del movimiento liderado por Perón, como en las estrategias con que enfrentarlo, y aún en los límites de propia identidad socialista. Nuestro recorrido se cierra en 1953, momento de agudización del enfrentamiento con el peronismo, cuando, ya sin debate, se impuso la mirada de la conducción partidaria, cerrilmente antiperonista.

Introducción: del socialismo científico al socialismo ético

El PS se fundó a fines del siglo XIX a partir de la fusión de diferentes núcleos socialistas. Aunque los primeros militantes eran mayoritariamente extranjeros, pronto el control del partido recayó en manos de un grupo de intelectuales nativos, encabezado por Juan B. Justo, que definió el perfil que el PS adoptaría por décadas: el de una fuerza reformista que enfatizaba la acción parlamentaria. Ese perfil se sostenía en una perspectiva definida acerca de la evolución de la sociedad argentina y del rol que en ella debía cumplir el PS: la Argentina era una sociedad capitalista, y como tal caracterizada por el conflicto entre burguesía y proletariado; el Partido Socialista era el representante del proletariado, pero a la vez era el único verdadero partido y como tal la principal fuerza que podía luchar por la democratización del estado y la sociedad argentina, tarea para la cual los trabajadores debían participar activamente en la vida política del país. (Martínez Mazzola 2011a)

Justo y los socialistas consideraban que el PS, en tanto partido económico y de ideas, era el único verdadero partido y quien debía llevar adelante tanto las tareas democratizadoras, como las propiamente socialistas. Esa doble perspectiva no dejaba lugar para un partido radical, y mucho menos para la Unión Cívica Radical yrigoyenista a la que no se consideraba como una verdadera fuerza radical sino como una supervivencia del pasado, la que sería superada por el

² Creemos que tal concentración de trabajos se relaciona con que, abandonada ya la mirada meramente reactiva, subsiste aun otro prejuicio en la interpretación de las fuerzas no peronistas, y en particular del socialismo: su carácter inmóvil. Ello ha permitido que las percepciones sobre el PS pasaran del año 45 al 55, de la participación en la “Unión Democrática” al apoyo a la Revolución Libertadora.

desarrollo de verdaderas fuerzas políticas. Basado en esa prognosis el PS llevó adelante un permanente esfuerzo de diferenciación que lo distanció tanto del radicalismo como del resto de las fuerzas del escenario político argentino. Aunque el intento pronto mostró sus límites y el partido no logró transformarse en una fuerza decisiva en el escenario político nacional, hacia mediados de los años '20 el PS contaba con un importante número de afiliados y obtenía importantes resultados electorales que le permitían tener un respetable grupo parlamentario.

La situación cambió a fines de los años '20, cuando el PS recibió importantes golpes: en 1927, sufrió la escisión de buena parte de su elite dirigente, y la mayor parte del Grupo Parlamentario, que constituyó el Partido Socialista Independiente; a comienzos de 1928 murió Justo, su principal líder y referente intelectual; en 1930, la consigna partidaria “ni reacción conservadora, ni barbarie yrigoyenista” fue arrasada por un escenario polarizado.

Sin embargo, en los años '30 el PS experimentó una importante recuperación, que se dio en tres escenas. En primer lugar, en las arenas electoral y parlamentaria. En 1931, y luego de un duro debate, el PS rompía una larga tradición y se aliaba con el Partido Demócrata Progresista en la “Alianza Civil”. La fórmula presidencial Lisandro De la Torre-Nicolás Repetto fue derrotada, pero la votación alcanzada permitió a los socialistas obtener la máxima representación parlamentaria de su historia.³ En segundo lugar, en el terreno gremial. Durante los primeros años de la década del 30, los militantes gremiales socialistas ocupan un lugar secundario, aunque no irrelevante, en la recién nacida Confederación del Trabajo, la más importante de las organizaciones de conducción del movimiento obrero. Sin embargo en 1935, y aliados a ciertos sectores de la corriente sindicalista, los dirigentes gremiales socialistas alcanzaron el predominio en la CGT.

En tercer lugar, en la escena intelectual. El golpe del 6 de septiembre, y la subsiguiente represión, produjeron una importante transformación en las prácticas de un sector de la intelectualidad, el de los jóvenes reformistas. Muchos de ellos antepusieron la voluntad de resistencia a la suspicacia ante la política tradicional, e ingresaron a los partidos tradicionales. Particularmente numeroso fue el contingente de jóvenes que veían al PS como la alternativa tanto a la amenaza fascista como al caudillismo yrigoyenista. Junto a los jóvenes se encontraba un viejo filósofo, Alejandro Korn, cuyas ideas suscitarían una importante mutación en el discurso del socialismo argentino. Exponente principal de la “reacción

³ Debe señalarse que esa representación institucional colocó a los socialistas en un lugar ambiguo: por un lado, por su participación electoral y su presencia en el Parlamento, serían acusados de complicidad con el “régimen” conservador; por otro y junto a los demócratas progresistas, se convertirían en los principales fiscales de ese régimen, lo que les daría una presencia pública que nunca habían tenido.

antipositivista”, Korn proponía una relectura de la tradición socialista y en particular del legado de Justo, al que separaba de su marco fuertemente determinista y economicista para colocarlo en la línea de un “socialismo ético” del tipo postulado por Jean Jaurés. Era esa operación de relectura la que permitía a Korn entroncar a Justo, y con él al socialismo, en la línea de una tradición nacional que, iniciada con la obra de Moreno, había alcanzado su punto más alto con Alberdi y las *Bases*. (Martínez Mazzola 2011 b, Viana 2009)

Como señala Viana (2009) sería el “giro ético” inaugurado por Korn, el que haría posible la filiación directa entre socialismo y liberalismo que caracterizaría el discurso que, desde los años ’30, sostendrían los líderes del PS, y en particular su principal intelectual Américo Ghioldi. A comienzos de los 40, en un escenario polarizado por la guerra y el combate al fascismo, esa filiación se pondría de manifiesto, en el culto que – ante lo que se percibía como amenazas caudillistas y totalitarias -los socialistas rendirían a la Constitución Nacional⁴ y a su redactor, Juan Bautista Alberdi.⁵

Como podemos ver, ya antes de la revolución del 4 de junio de 1943 predominaban en la prédica socialista algunos de los rasgos que la caracterizarían durante el peronismo: la postergación de la lectura económica y social de los fenómenos a la que se anteponía una matriz ética y civilizadora, el culto a la Constitución y la inserción del socialismo en una tradición nacional cortada a la medida del liberalismo. Sin embargo, durante los años peronistas no dejarían de presentarse lecturas que pondrían en cuestión algunos de esos rasgos con el fin de discutir la interpretación oficial del peronismo

I- 1946: explicando la derrota

Aunque en junio de 1943 los socialistas manifestaron cierta expectativa ante una revolución que había terminado con el cuestionado gobierno de Ramón Castillo, pronto se colocaron en franca oposición a un gobierno al que juzgaron represivo y pro-fascista. En particular rechazaban la presencia de figuras de un “nacionalismo” al que juzgaban contrario a la verdadera tradición nacional. Las duras críticas de la prensa socialista suscitaron repetidas clausuras al periódico *La Vanguardia* y en abril de 1944 el diario fue cerrado “por tiempo

⁴ El ejemplo más paradigmático de ese culto estaría dado por el hecho de que en 1943 el diario *La Vanguardia* dedicara el número especial que todos los años editaba el 1° de Mayo -normalmente dedicado a conmemorar el “día del trabajador”- a celebrar el pronunciamiento de Urquiza, la batalla de Caseros, la publicación de las “Bases” y la aprobación de la Constitución Nacional. Por primera vez la ponderación de la tradición liberal alcanzaba el punto de anteponer el aniversario constitucional a la más importante conmemoración de la tradición socialista

⁵ Culto que, a su vez, se asociaba con una reinterpretación de la figura de Alberdi. Mientras Justo había saludado en él tucumano al analista de la historia argentina en clave económica, hacia comienzos de los años 40 se reverenciaba en él al padre de la Constitución.

indeterminado”. Cuando volvió a publicarse, a comienzos de 1945, la figura de Perón ya ocupaba el centro del escenario político y sería frente a él que los socialistas definirían su discurso. Así, la importante política social llevada adelante por Perón conduciría a los socialistas a apelar al arsenal antifascista en busca de la distinción entre un modo democrático y uno totalitario de interpretar la “justicia social”.

La experiencia del 17 de octubre no suscitaba dudas visibles en esa conducción. Lejos de interpretar la gran movilización como un hecho novedoso, Américo Ghioldi, el más influyente de los intelectuales socialistas, propuso leerla a la luz de la historia argentina y de las recientes experiencias europeas. El intelectual socialista definía al liderazgo de Perón como “rositotalitarismo”: una mezcla oportunista de formas y modelos extranjeros con vicios y modos de ser criollos (Ghioldi 1946a).

Los comicios del 24 de febrero, en cambio, sí supusieron un duro golpe para el socialismo. A mediados de marzo, y cuando los números marcaban el irreversible triunfo peronista, Ghioldi se vio obligado a complejizar su interpretación -que pensaba al liderazgo de Perón como oportunismo y que explicaba su éxito por la demagogia-, y a reconocer que si la prédica del triunfante coronel había sido exitosa, era porque había hallado condiciones sociales propicias:

La masa laboriosa tenía condiciones de receptibilidad para una semejante política tortuosa. Las condiciones de vida y trabajo en el pueblo dejaban mucho que desear. El monto de los salarios era criminalmente bajo en muchos sectores del trabajo...La lucha por mejoras económicas y por medidas legales demandaba mucho esfuerzo y mucho tiempo. La clase patronal refrenaba toda conquista.
(Ghioldi 1946b)

Ghioldi lamentaba que las demandas de justicia hubieran encontrado cauce en la obra social que, en trance de perpetuarse, había emprendido la dictadura inaugurada en junio de 1943. La masa, argumentaba, se había ilusionado, sin percibir que al tiempo que conseguía ciertas pasajeras ventajas perdía las garantías individuales y la libertad. Como vemos, en la intervención de Ghioldi, la explicación, siquiera parcial, del peronismo por la situación social se veía limitada por dos conclusiones que inaugurarían tópicos de larga duración en el discurso antiperonista: el primero que fincaba una de las causas del triunfo del “mito” peronista en el “resentimiento” de la masa por su postergación; el segundo que subrayaba la distinción entre esa masa y el líder al que apoyaba: “La masa laboriosa y fecunda es sincera, aún en el error. Pero la dictadura es falsa y repudiable, aún en la apariencia de corrección” (LV, 12-3-46)

Aunque la referencia a ciertas ignoradas condiciones sociales se dejaba ver incluso en el discurso de Ghioldi, era en otros intelectuales socialistas, alejados del núcleo dominante en el PS, que ocupaba un lugar mayor. En el mes de abril vio la luz el segundo número de *El Iniciador*, periódico editado por la Comisión de Cultura del PS. En su editorial José Luis Romero afirmaba que las causas del resultado electoral debían buscarse en “la mutación de la realidad social argentina”. Aunque no dejaba de señalar que en las filas contrarias revistaban reaccionarios y fascistas, y en denunciar que las arcas estatales han sido usadas para comprar a miles de oportunistas, subrayaba que la masa no podía ser reaccionaria ni fascista y que era tarea de los ciudadanos democráticos trabajar para esclarecer su conciencia. La convocatoria a la ciudadanía era planteada en un lenguaje alejado del de la conducción partidaria: “hay que ocupar la vanguardia del movimiento social para impedir que una propaganda malsana lo desvincule del movimiento político que lucha por conseguir, con la dignificación social y económica del hombre, su dignificación humana y espiritual”. (Romero, 1946)

En la tarea, los socialistas tenían un lugar especial. Y tal lugar era planteado con palabras que remitían a los escritos históricos de Romero: el PS había nacido con la “segunda Argentina, la de las masas inmigratorias y los anhelos democráticos”. Por ello había asistido a más de una de las mutaciones del cuerpo social argentino “propias de nuestra formación étnica”, y que surgían de la imprevisible reacción de los elementos que componen la masa. Por eso, se explicaba, si toda realidad social era proteica y multiforme, mucho más lo era la argentina. Pero el planteo no se limitaba a retomar tópicos del ensayismo y la historiografía sino que sacaba muy directas consecuencias políticas: mientras no se decantaran y definieran los rasgos de la realidad social argentina los ideales sociales y políticos de las masas populares seguirían “siendo imprecisos, y en consecuencia, sus reacciones seguirán acusando cierta juvenil versatilidad” (Romero, 1946)

Podemos ver que si el planteo de Romero dejaba de lado el tono reprobatorio predominante en Ghioldi y *La Vanguardia*, era para reemplazarlo por uno paternal. Así, si no se condenaba a la masa que había dado el gobierno a hombres que pertenecían a los grupos más reaccionarios, era porque “buena parte de ella cuenta con escasa o nula cultura política, lo que no le ha permitido distinguir lo falso y lo verdadero...” Esa mirada paternalista se traducía en una estrategia pedagógica. La tarea era “volver al pueblo a repetir nuestra verdad, con otras palabras aunque con los mismos principios...” (Romero, 1946) Era necesario hablarle al pueblo en palabras que pudiera entender para decirle que ni las clases medias ni el proletariado tenían otros ideales que los que defendían los socialistas.

Mientras el editorial de Romero planteaba la necesidad de cambiar la retórica socialista de modo de hacerla más accesible a las masas, el artículo que publicaba Julio V. González – también miembro de la Comisión de Cultura del PS - avanzaba en la necesidad de modificar la estrategia del partido. El jurista platense iniciaba su intervención citando las palabras que Juan B. Justo colocara en el primer editorial de La Vanguardia, que concluían postulando la necesidad de formar un Partido Socialista que se apoderara del poder político e implantara las reformas necesarias para el advenimiento del socialismo. González señalaba que durante el medio siglo transcurrido desde la intervención de Justo, el capitalismo había ingresado en una fase de descomposición a la vez que, merced a la industrialización la clase obrera, argentina se había consolidado. Por todo ello se preguntaba:

¿no es llegada la hora de que el Partido Socialista proclame la realización inmediata del postulado máximo?... Nuestro programa mínimo está agotado y superado por el desarrollo del régimen. Insistir en él no es ya hacer socialismo y nos puede dejar a la zaga de los acontecimientos. ¿Quién no propugna hoy aumentos de jornales y el sinnúmero de medidas para asegurar los derechos del obrero y proveer al mejoramiento de sus condiciones de vida, pero siempre sometido a la esclavitud del salario?” (González, 1946)

Aunque sin referirse a los recientes comicios, la intervención de González parecía esbozar una respuesta a la pregunta por las causas de la derrota –la capacidad del peronismo por apropiarse del programa mínimo socialista-; también ofrecía el esbozo de una nueva estrategia: superar el reformismo marchando hacia la construcción de una sociedad socialista. El cambio de estrategia también estaba implícito en el artículo que Dardo Cúneo publicó en el siguiente número de *El Iniciador*. El joven dirigente inició su intervención afirmando que la reciente guerra mundial había sido ganada por las potencias democráticas a través del desarrollo de una economía socialista, y que en ella los pueblos tenían la confianza en la pronta construcción de la sociedad futura. Lamentaba que a un año del fin de la guerra, la construcción del socialismo se demorara y manifestaba su temor acerca de que las contradicciones del capitalismo hicieran nacer a un nuevo Hitler. Haciendo explícita la alusión Cúneo, señalaba: “Cuando el nazismo es vencido en Europa, aquí comienza su carrera. Cuando Hitler muere en Berlín, aquí surge Perón que habla su doble lenguaje y reproduce su estrategia. Demora colonial. La tarea es doble...” (Cúneo 1946)

Era a partir de esta asincronía, y de este carácter doble de la lucha, que el planteo de Cúneo adquiriría una complejidad que no se hallaba en la hasta aquí monótona asimilación de Hitler y Perón. La complejidad de la situación, argumentaba, impone luchar en varios frentes, contra

el viejo capitalismo en su forma imperialista; pero también contra el nuevo fascismo y contra el viejo fascismo demorado. También era esa complejidad de la situación la que permitía a Perón jugar una función progresiva:

“la de desatar fuerzas contenidas, la de quebrar el falso equilibrio de la víspera, la de despertar a la inquietud política a masas que solamente habían mostrado su indiferencia o sus temores, la de esperanzar, finalmente, a estas masas con la promesa de la liberación económica.” (Cúneo 1946)

Esta era una promesa, se apresuraba a aclarar Cúneo, que el demagogo no podría cumplir, ya que no era un revolucionario sino un mensajero de la mentira. Las masas esperanzadas se verían defraudadas pero en ellas se habrá desarrollado una nueva ambición y una nueva exigencia. Esta lectura del fenómeno peronista habilitaba a que Cúneo planteara una nueva estrategia para el PS. Citando a Carlo Rosselli, quien había afirmado que la lucha al fascismo no podía librarse con la mirada llena de nostalgia por el prefascismo, el líder juvenil argentino subraya que no podía haber ningún retorno y que la lucha debía plantearse en estos términos: “no consumir todas las energías de la oposición al demagogo- como acaba de ocurrir en la campaña electoral-, sino programar tareas y finalidades que superen a la demagogia. Roselli concreta esa urgencia en estos términos: ‘Hacer, más que antifascismo, posfascismo’”. (Cúneo 1946)

II-1948: la reforma constitucional

La interpretación del peronismo como totalitarismo, ya presente desde antes de 1946, se acentuaría en 1948. La presentación de un proyecto de reforma constitucional por parte del oficialismo llevaría a afirmar que el paso decisivo hacia la implantación del totalitarismo estaba por darse.

Aunque los rumores acerca de que sería impulsada una reforma constitucional comenzaron a oírse desde poco después de su llegada al poder, y que a comienzos de 1947 el Presidente del bloque peronista de la Cámara de Diputados Eduardo Colom presentó un proyecto para que se declarara la necesidad de la reforma, fue recién en 1948 que el tema comenzó a ocupar el centro de la agenda política. Luego del triunfo electoral en los comicios legislativos del 7 de marzo, se hicieron oír los rumores acerca de que el gobierno se proponía avanzar hacia una reforma de la Carta Magna. Quien los confirmó fue el propio Perón al afirmar, en su mensaje de apertura de las sesiones parlamentarias, que era necesario modernizar el texto constitucional. Con el aval presidencial Colom volvió a presentar su proyecto. Los opositores

reaccionaron cuestionando una propuesta que, consideraban, tenía como fin la modificación del artículo 77° que impedía la reelección presidencial.

Sin embargo los socialistas encontraban que el oficialismo se proponía ir más allá: desde hacía años denunciaban la amenaza de la implantación de un régimen totalitario y consideraban que la reforma constitucional representaba el paso que concretaría tal amenaza. La postura se dejaba ver en el manifiesto que abrió el primer número de *El Socialista*⁶, publicado el 1 de Mayo de 1948. El documento planteaba diez consignas de lucha, la octava de las cuales rezaba “por la Defensa de las Libertades Republicanas y contra la Reforma Regresiva de la Constitución”. A continuación se demandaba “que toda reforma se realice cuando haya libertad e igualdad política entre los argentinos” (Partido Socialista, 1948a). Se esbozaba aquí el primero de los argumentos que los socialistas esgrimirían contra la reforma - y contra quienes, aun dentro de las propias filas socialistas, sostenían que era necesario participar en ella-: el monopolio de la palabra y las medidas represivas hacían imposible avanzar el tipo de reformas que los socialistas deseaban. El segundo argumento afirmaba que la inclusión de los derechos del trabajador en la Carta Magna servía de cortina de humo para velar reformas retardatarias.

La cuestión de la Reforma Constitucional constituyó el tema central en los preparativos para el Congreso Extraordinario que el PS, que tendría lugar en Mar del Plata a fines de junio. Ante los rumores de que la postura oficial impulsaría la abstención, una práctica con pocos antecedentes y que el PS había explícitamente cuestionado en el radicalismo, un grupo de dirigentes sindicales y militantes de la izquierda partidaria reunidos en torno a la revista *Unidad Socialista*,⁷ planteó un discurso muy crítico de la postura oficial. El primer número de la revista se abrió con un artículo que afirmaba que por el mismo hecho de ser socialista el partido debía mantener una postura contraria a una constitución que organizaba a la sociedad en base a pautas burguesas y capitalista; recordaba asimismo que el PS siempre había planteado la necesidad de avanzar en reformas constitucionales que hicieran más democrática la organización política del Estado. Tales antecedentes llevaban a concluir que si el PS rechazaba avanzar hacia una reforma constitucional lo hacía por desconfiar de su propia

⁶ Tal era el nombre del periódico oficial que el PS comenzó a publicar luego de la clausura de los talleres de *La Vanguardia* en agosto de 1947. De todos modos *La Vanguardia* siguió publicándose en forma semi-clandestina, en una con menos páginas y una aparición irregular.

⁷ Como señala Herrera (2011) entre los responsables de la revista se encontraban antiguos militantes del Partido Socialista Obrero como José María Bravo y José Oriente Cavalieri, dirigentes gremiales socialistas de larga trayectoria como Alfredo López y referentes de la Juventud Socialista como Andrés Lopez Acotto y Ernesto Weisz.

fuerza o de la capacidad del pueblo argentino. Era frente a tal desconfianza que *Unidad socialista* afirmaba su postura:

“creemos en la sensibilidad práctica del pueblo y de sus masas laboriosas, como así también en su capacidad. Y suponemos que si alguien tratara de propiciar una reforma regresiva, el pueblo la repudiaría. Y que, por el contrario, la masa popular apoyará la reforma constructiva” (Unidad Socialista: 1946)

Agregaba que dado el apoyo popular con que contaba el gobierno, la reforma se llevaría a cabo y señalaba que, por ello, lo realista sería participar en la campaña y trabajar por una modificación progresista. Apelando a la tradición socialista, el grupo disidente afirmaba que siguiendo tanto “la política de no desertar de los comicios” como la mirada “evolutiva y democrática” que siempre había adoptado el PS, lo coherente era acudir a los comicios. Y concluía:

“Nosotros, que no queremos ver al margen de la Convención reformadora a los que pueden dar a la nueva Carta Política fecundidad de futuro, como lo aseguraría la presencia socialista, desde ya proclamamos nuestra consigna, para que se haga carne en la conciencia pública, en favor de una reforma constitucional progresista y concitamos al PS a pronunciarse en ese sentido.” (Unidad Socialista: 1946)

A fines del mes de junio se reunió en la ciudad de Mar del Plata, el 36° Congreso Nacional del PS. El resultado de la deliberación fue una Declaración dirigida a “los trabajadores” que, danto cuenta de las dificultades del PS para conciliar la posición frente a las propuestas transformadoras del peronismo con su tradición reformista, por un lado denunciaba como peligrosa y aviesa una reforma impulsada por un régimen que monopolizaba la propaganda y negaba las libertades públicas y, por otro, declaraba que el PS no se opondría jamás a una reforma constitucional que se diera en un régimen de libertad e igualdad políticas. Aún más complejo era el planteo respecto a los derechos del trabajador: si por un lado se señalaba que la declaración que se pretendía incluir en la constitución era sólo una “cortina de humo” para hacer pasar la cláusula de reelección que permitiría la perpetuación de un régimen militarista y clerical, por otro se declaraba que los socialistas no se oponían a tales derechos a la vez que se advertía que la declaración de los mismos no debía acompañarse de la supresión formal y de hecho de los derechos del hombre y del ciudadano. En los derechos del trabajador parecía verse, entonces, algo más que un recurso oportunista para invisibilizar la cláusula de reelección, en ellos se percibía el vehículo para una del concepción del derecho contraria a la matriz liberal a la que el PS adhería.

A pesar de estas definiciones, y dadas las resistencias que suscitaba la propuesta abstencionista, el Congreso no avanzó en la definición del curso de acción que el PS debía adoptar si el Parlamento Nacional votaba la necesidad de la reforma y el Ejecutivo Nacional convocaba a elecciones de constituyentes. Tal decisión, delegada en el Comité Ejecutivo y el Consejo Nacional, generaría ásperos debates y numerosas deserciones.

En los meses siguientes, y mientras el Parlamento Nacional aprobaba la convocatoria a elecciones de constituyentes, la dirigencia socialista repetía y amplificaba la denuncia de los planes oficiales. El 31 de agosto *La Vanguardia* publicó un número extraordinario dedicado a la reforma de la constitución. En él se señalaba que no se trataba de un proyecto aislado sino de un paso en un largo proceso, iniciado el 4 de junio, orientado a un fin: “la substitución de la república democrática por la ‘república fascista’ que predicó Mussolini antes de morir y que dejó como herencia a fascistas alpinos y andinos que quisieran recogerla.” (*La Vanguardia* 1948b). El artículo enfatizaba el carácter planificado de las iniciativas gubernamentales y, haciendo claro que el destinatario de la intervención eran los disidentes socialistas, afirmaba que era necesario entender que Perón tenía la iniciativa de los golpes y “no andarse con zoncetas como esa de ‘correrse al costado’, ‘ser Perón más uno’”. (*La Vanguardia* 1948b). La actitud del PS, concluía el artículo, debía ser de lucha, una lucha que ya no se planteaba en nombre del socialismo sino de una tradición liberal que tenía a Rosas como contrafigura:

“...la reforma será eminentemente regresiva y se caracterizará por su antiliberalismo, centralismo, militarismo, clericalismo y neo-fascismo... En pocos años hemos perdido las instituciones libres. Rosas vuelve. Cubiertos de sudario las instituciones de la libertad, constituirán sin embargo un lugar de encuentro para los buenos argentinos amantes de su historia y leales a su destino.” (*La Vanguardia* 1948b)

Pero la voz de la conducción no dejaba de tener contradictores. Uno de ellos era Julio V. González quien volvía a proponer que, ante el desafío que implicaba la realización de aspectos del programa socialista por parte del peronismo, la respuesta del PS debía ser avanzar hacia la realización de su programa máximo. La toma de distancia no se hallaba sólo en el programa subrayado sino en el énfasis que, en momentos en que la conducción socialista acentuaba su vinculación con la tradición democrática y liberal, González hacía en los rasgos distintivos de la identidad socialista. Señalando que en esos días todas las agrupaciones políticas del mundo proponían mejoras para los trabajadores, el viejo líder estudiantil subrayaba que la diferencia entre los otros partidos y los socialistas estaba dada la

profundidad de su propuesta transformadora: mientras unos propiciaban reformas que no cruzaban los límites del sistema de propiedad y relaciones de producción propias del capitalismo, los socialistas proponían, tal como rezaba la declaración de Principios aprobada por el PS en 1896, sustituirlas por un régimen de propiedad colectiva que acabara con el régimen salarial. González concluía su intervención señalando que el olvido de tal distinción al Partido Socialista, convirtiéndolo en “un partido reformista, como tantos de la democracia liberal burguesa y no un partido revolucionario que se propone terminar con ella, para reemplazarla por la democracia económica socialista”. (González, 1948)

El 11 y el 12 de octubre el Consejo Nacional del PS decidió no presentar candidatos a los comicios del 5 de diciembre, a la vez que llamar a los trabajadores a votar en blanco o incluyendo el lema “contra la reforma fascista de la constitución”. La decisión fue fundamentada con una declaración que denunciaba que la apelación reiterada y sistemática a la movilización de las masas” y “la utilización de los métodos de la psicología de guerra tendiente a organizar la masificación indiferenciada y fanatizada del pueblo” colocaban a los trabajadores en la imposibilidad de actuar autónomamente. Las elecciones, se advertía, eran una “trampa” cuyo resultado sería la instauración de un “orden jurídico fascista” en el que no habría una verdadera constitución. El planteo era explicado en clave francamente liberal: si el fin del constitucionalismo histórico era poner límites al poder absoluto, el fin de “las pretendidas ‘constituciones’ fascistas” (era) la organización de la desigualdad, el despotismo y la entrega del poder absoluto a una sola persona”. (Partido Socialista, 1948c)

Días antes del comicio la conducción socialista publicó un folleto que advertía acerca de las reformas que impulsaría el gobierno. El primer punto a reformar, se conjeturaba, sería la prolongación del mandato presidencial o la incorporación del principio de reelección. Imaginaba que las reformas incluirían el reforzamiento del poder del presidente - al que se le agregaría además algún título como el de “jefe, caudillo, conductor o líder de la nación”-, la restricción de las libertades gremiales y políticas, la sustitución del principio restrictivo universal de la democracia por un régimen corporativo, la centralización política que convertiría al federalismo en una cáscara, y la consolidación del “capitalismo de Estado”. A esas propuestas el documento socialista oponía las “Nuevas Bases” que promoverían la superación argentina. Previsiblemente éstas manifestaban una total oposición a los que plantearía el justicialismo. Así se rechazaba la existencia de salvadores de la patria, y se proclamaba la “República democrática, laica y fundada en el trabajo”, se declaraba que la libertad sindical y el derecho de huelga eran los más fundamentales “derechos del trabajador” y se pedía la “democratización de la economía”. El Manifiesto concluía planteando que los

dos proyectos antes delineados planteaban una alternativa de hierro ante la que cada hombre debía definirse y llamaba a votar “contra la reforma fascista”. (Partido Socialista 1948d)

La propuesta socialista encontró poco eco en la ciudadanía. En las elecciones, celebradas el 5 de diciembre el peronismo obtuvo 1.590.334 votos, la UCR 834.436 y el PC 85.535. Los votos en blanco fueron unos 180.000. El oficialismo había logrado la mayoría absoluta, lo que le permitió sobrellevar el abandono de las sesiones por parte de los convencionales radicales. Aunque, tal como lo advertían los socialistas, la Constitución aprobada en marzo de 1949 incluyó la reelección presidencial y no incorporó el derecho de huelga, los derechos y garantías individuales no fueron disminuidos ni se avanzó en las reformas corporativas que el PS había anunciado. Ello no impidió que la dirigencia del PS siguiera denunciando que el nuevo texto constitucional había implantado un régimen que llevaba la concentración de poder a límites casi absolutos.

III. 1950. El socialismo en un punto muerto

En 1950 la conducción del PS se vio nuevamente cuestionada. Sin embargo, en esta ocasión, la crítica se centraba menos en la caracterización del régimen peronista que en la estrategia política que debía adoptar el PS y en el vínculo que se establecía entre socialismo y tradición liberal. Meses antes de la realización del 37º Congreso Ordinario del PS Julio V. González reiteró, esta vez *in extenso* y en forma de libro, su prédica en pos de la orientación del PS en una línea decididamente socialista. Argumentaba que, incapaz de conquistar a las masas, se había convertido en “un partido minoritario de oposición”. El “punto muerto” en que se hallaba el socialismo se explicaba por haber concentrado todas sus energías en la etapa previa de realizaciones inmediatas postergando *sine die* la finalidad revolucionaria. El PS se había desangrado en la “lucha por la democracia” y se había implicado en una “campaña civilizadora” que había oscurecido su visión acerca de que la lucha primordial era “contra todo el sistema”. El jurista platense señalaba que, al abandonar los fines específicamente socialistas el PS, ya no se mostraba distinto de otros partidos, que se habían apropiado de su programa de reformas. Y ello era particularmente sensible bajo “el régimen imperante” con el que se había alcanzado una situación en la que, dentro de su condición de proletario, poco quedaba por conceder al obrero en cuanto a “ventajas de vida y trabajo”. González concluía su intervención proponiendo la que consideraba era la única alternativa para salir del *impasse*: apelar a “soluciones de fondo” retomando la prédica por la realización de su objetivo final plasmado en el “Programa Máximo” del PS. (González, 1950)

Aunque, como ha señalado Herrera (2003), la propuesta de González no planteaba una discusión profunda acerca de la caracterización del peronismo como totalitarismo, su crítica a la centralidad asignada a las tareas democráticas en desmedro de las propiamente socialistas, implicaba un cuestionamiento a la línea política definida por la conducción del PS. Los planteos de González reclamando la adopción del “Programa Máximo”, que en anteriores ocasiones habían sido recibidos con mutismo por la dirección partidaria, ésta vez recibieron una dura respuesta.

Poco antes del Congreso, Ghioldi publicó *Marxismo, socialismo, izquierdismo, comunismo y la Argentina de hoy*, un libro en el que, colocando el centro en la cuestión del totalitarismo, acusaba a los “izquierdistas”, y entre ellos a González, de dejar de lado la lucha sagrada de la hora. Pero a la discusión puntual se le agregaba el intento de explicar las causas de la “desviación izquierdista”: la manipulación por parte de los comunistas y, sobre todo, una lectura simplista de la tradición marxista. Así, Ghioldi partía de los planteos “revisionistas” que habían señalado la existencia una dualidad entre una perspectiva determinista que pensaba el desarrollo social bajo el molde de las ciencias naturales y otra que postulaba que la revolución suponía la transformación de la condición humana y la acción de hombres conscientes. Subrayaba que el contraste entre ambas visiones se había vuelto más agudo a partir de la simplificación que del pensamiento marxista habían hecho los comunistas. Estos, argumentaba, habían hecho de la historia un proceso natural que se cumplía más allá de la voluntad de los hombres y en el que lo económico tenía un peso decisivo, viendo así a la lucha de clases como un proceso brutal, del mismo carácter de la selección natural entre animales, y en donde la violencia tenía un papel central, en tanto la moral y la inteligencia no tenían ninguno. Para Ghioldi no se trataba de un debate puramente “doctrinario” sino de uno dotado de consecuencias prácticas ya que, consideraba, no era posible “estatuir el dominio absoluto de lo económico, la existencia de la lucha de clases como principio regulador único y el menosprecio por la superestructura y las ideologías, sin caer en acciones brutales en algunos casos, estériles siempre” (Ghioldi 1950: 25).

Ghioldi argumentaba que la impaciencia y la disidencia de muchos izquierdistas⁸ tenían su origen en ese tipo de lecturas economicistas del marxismo. Explicaba que si los “llamados izquierdistas” no percibían que la libertad era “el elemento dialéctico por excelencia”, si se mostraban fríos en la “defensa del patrimonio histórico de la nacionalidad, en las luchas de la libertad y la democracia”, era porque estaban dominados por la una idea equivocada: “lo que

⁸ Con malicia y refiriéndose elípticamente a González, Ghioldi sumaba a las disidencias juveniles las de “otros que siendo grandes en edad se niegan, sin embargo, a madurar intelectualmente”.

importaría sería el factor económico, la libertad ha nacido con la burguesía y es un momento de la historia de la burguesía; al proletariado no le importa la libertad sino la justicia social; al pueblo obrero sólo le deben interesar los problemas de clase” (Ghioldi 1950: 30)

Como en otras ocasiones el planteo de Ghioldi concluía llevando la política a la cuestión de la pedagogía: el PS debía acentuar la formación socialista, tarea que consideraba imprescindible no sólo para dejar atrás las desviaciones “izquierdistas”, sino para incorporar a quienes, sin tener una formación doctrinaria socialista, se acercaban al Partido por su papel en la “lucha de resistencia contra la dictadura y por la democracia.”(Ghioldi 1950: 33) Si esa celebración de la incorporación a las filas de sectores que no eran socialistas doctrinarios podía producir escozor en las filas de la “izquierda” con las que polemizaba Ghioldi, mucho más podía la misión que el dirigente asignaba al PS: “la de realizar el ideal de justicia social y, además, la de convertir en liberales a las masas, muy propensas a las especulaciones demagógicas de las dictaduras y totalitarismos” (Ghioldi 1950: 138).

Pero las de González y Ghioldi no eran las únicas voces en el debate acerca de la estrategia que debía seguir el PS, ni sobre su relación con la tradición liberal. Sin polemizar explícitamente con los argumentos de Ghioldi, Dardo Cúneo publicó un artículo en *Nuevas Bases*⁹ afirmando la crisis de conceptos como el de “liberalismo”. El joven socialista no se proponía, al menos no inmediatamente, la celebración de tal destino sino la indagación sobre los sentidos del propio término. Empezó así, con el apoyo de figuras como Harold Laski o Benedetto Croce, un recorrido que lo llevaría a subrayar cómo la tradición liberal se hallaba habitada por una tensión ineliminable entre “recobración humanista” y “resurgimiento burgués”. Cúneo planteaba una tensión ineliminable entre libertad económica y libertad política y -adoptando una perspectiva que a diferencia de la mayoría de los dirigentes partidarios mantenía el acento sobre la dimensión económica y social de la dominación- celebraba que Manchester no hubiera podido imponerse sobre las cenizas de Florencia. La reconstrucción de Cúneo continuaba con la denuncia de que la libre empresa, alabada por el liberalismo económico, había conducido a la formación de grandes trusts y, a través de ellos, a las grandes guerras y al fascismo. Alejándose de las formulaciones predominantes en el PS, el dirigente de la juventud señalaba que el fascismo provenía “del mundo liberal del burgués”. Al final del recorrido histórico y filosófico Cúneo volvía sobre la cuestión terminológica. Señalaba que era posible que alguna palabra vieja, como “liberalismo”, recuperara el

⁹ Nuevas Bases, fue uno de los periódicos con que el PS intentó suplir la clausura de *La Vanguardia*. De aparición quincenal, comenzó a publicarse en junio de 1955.

primigenio sentido que le había dado “el hombre anhelante de libertad” y que luego le había negado “la limitadora sociedad de los propietarios”. Pero agregaba:

“Mas si la nueva época insiste en dar a las realidades que le pertenecen propia nomenclatura –y justa será esa ambición- yo pido venia para proponer como completa denominadora de todo lo que el liberalismo de esta resurrección alude, esta palabra: socialismo.” (Cúneo 1950)

Las posiciones de Cúneo, aceptando la tradición liberal solamente si se la separaba de la defensa del “liberismo”, presentaban un marcado contraste respecto de un Partido Socialista que rechazaba, entre otros aspectos, el intervencionismo estatal y la política peronista respecto a los productores agrarios. El eco que estas intervenciones encontrarían en las filas partidarias sería escaso. En el año 1952 el dirigente juvenil comenzaría a publicar el periódico “Acción Socialista” y, junto a un pequeño grupo de militantes, se alejaría del viejo Partido Socialista para, a fines de los 50’, participar de la apuesta frondizista.

IV. Epílogo.1953, “El año del terror”

En abril de 1953 el enfrentamiento entre peronistas y antiperonistas llegó a un nivel sin precedentes. El día 15, una concentración de la CGT, convocada con el fin de dar apoyo a un gobierno golpeado por la defenestración y el suicidio de Juan Duarte, cuñado y secretario de Perón, sufrió un atentado terrorista: mientras hablaba Perón estalló una bomba en la estación de Subte de Plaza de Mayo. La explosión dejó siete muertos. Ante el reclamo por parte de los manifestantes Perón les respondió incitando a que fueran ellos quienes dieran “leña”. Al terminar el acto grupos de manifestantes saquearon e incendiaron la Casa del Pueblo, la Casa Radical, el Comité Nacional del Partido Demócrata Nacional y el Jockey Club.

El PS sufrió un duro golpe, ya que para los socialistas la Casa del Pueblo era algo más que un local partidario. Con su biblioteca, con su importante salón de reuniones, con su imprenta, el edificio de Congreso representaba el símbolo de una fuerza que se había propuesto ser el embrión de una contra-sociedad. La conducción partidaria consideró que la destrucción había sido premeditada y ordenada por el propio Perón. En un acto realizado en Montevideo, ciudad en la que se hallaba exiliado, Américo Ghioldi recordó que el presidente argentino siempre hablaba de matar adversarios, de distribuir sogas y de distribuir alambre de enfardar. Lamentó que él y otros líderes socialistas hubieran tomado esas palabras como “balandronadas” cuando se trataba de “radical maldad”. Una maldad que -y aquí llegamos al último estadio de las interpretaciones ghioldistas sobre el peronismo- era explicada en clave psicológica, Perón era “un hombre sin sensibilidades”, un “monomaniaco” del poder” del tipo que Shakespeare

había descrito en la figura de Lady Macbeth. Ese líder, se continuaba explicando, había erigido

“...un poder totalitario... una vasta y compleja organización policial que funciona con una unidad total en distintos agrupamientos que se ignoran los unos a los otros y que cumplen también la función de espiarse, y controlarse recíprocamente...” (Ghioldi 1953a: 28)

Ghioldi cerró su discurso afirmando que el principio motor del régimen peronista, era el “miedo”. Tal era la idea que desarrollaría más largamente en un libro publicado meses después en Montevideo. Bajo el previsible título “la Argentina tiene miedo” Ghioldi compilaba una serie de artículos escritos en 1953, “el año del terror” y los unía al borrador de un libro escrito en 1950. En estos materiales, orientados a dar cuenta de los fundamentos de la adhesión de masas al peronismo, Ghioldi acentuaba el giro psicológico de su pensamiento. Luego de trazar un recorrido por la historia argentina señalando el importante papel que en ella había tenido el miedo Ghioldi pasaba a explicar, apoyándose en la obra de Erich Fromm,¹⁰ el modo en que los movimientos totalitarios, entre los que incluía al peronismo, se aprovechaban del “miedo a la libertad”. Con explícitas referencias al caso argentino, Ghioldi buscaba dar cuentas de los mecanismos subjetivos de la renuncia a la libertad:

“El hombre de la masa se desentiende de la libertad, de la persecución y de los crímenes que se cometen con su compañero de trabajo, gremio, partido, club o iglesia; para él la libertad es un lujo que estorba, peor aún, exige esfuerzos, luchas y sacrificios. La comodidad, la idea de la igualdad en su forma más simple y pujante, y la filosofía del ‘no te metás’ y ‘hacete amigo del juez’ le bastan para vivir” (Ghioldi 1953b: 81).

El argumento de Ghioldi descansaba menos en el caso argentino que en mostrar que la cuestión del miedo excedía largamente la problemática nacional. Así afirmaba que “el miedo a la libertad” constituía el “fenómeno más pavoroso de los tiempos contemporáneos”. El socialista señalaba que sus rasgos ya habían sido anticipados por quienes hicieron la historia del fascismo, así como por investigadores rusos, pero consideraba que el aporte decisivo era el del psicólogo alemán. Explicaba, retomando conceptos del prólogo de Germani a la edición argentina de *El miedo a la libertad*, que Fromm había modificado las ideas freudianas, señalando que existía correlación dinámica entre las estructuras sociales y económicas y la

¹⁰ *El miedo a la libertad* fue publicado en Buenos Aires en 1946. La edición, a cargo de la Editorial Abril, se abrió con un prólogo en el que Gino Germani, director de la colección en que se incluía el título (Blanco 2006: 28), ponderaba el aporte de Fromm. Ghioldi citaba aprobatoriamente el prólogo en el que Germani destacaba el aporte de Fromm a la revisión del psicoanálisis ortodoxo.

psicología. Esto se expresaría, señalaba Ghioldi, en la interpretación que Fromm hacía del totalitarismo:

“un problema psicológico, pero los factores psicológicos deben ser vistos como moldeados por causas socioeconómicas; es también un problema político, pero su aceptación por parte del pueblo debe ser entendida sobre una base psicológica. Si olvidamos la existencia del subconsciente nos parecerá imposible la propensión al mal, el apetito de poder, el desprecio por los débiles y la cultura que estallan con el fascismo” (Ghioldi 1953b: 82)

La segunda parte del argumento dejaba ver una inquietante reinterpretación de las propuestas de Fromm (1946): en ella el énfasis en la dimensión social en la constitución de la personalidad era dejado de lado para subrayar que los fenómenos totalitarios suponían un constituyente psicológico que, aunque ligado a dimensiones sociales y económicas, las excedía. La lectura de Ghioldi parecía así reintroducir el pesimismo y el aristocratismo que, a juicio de Germani (1946), Fromm se había propuesto superar. Sería esa relectura pesimista, una inversión de la apuesta de Germani y del propio Fromm, la que colocaría a Ghioldi en una posición autoritaria que postulaba que para luchar contra el totalitarismo, y el peronismo era leído en esa clave, no bastaba con darse políticas correctas y avanzar en la resolución de los problemas sociales, tampoco alcanzaba con la pedagogía iluminista que había caracterizado el pensamiento juvenil del propio Ghioldi, sino que era necesaria una reeducación radical que recibiría el nombre de “desperonización”.

A diferencia de lo sucedido años antes, los argumentos de Ghioldi no fueron contestados desde filas socialistas. Quienes sostenían otras miradas habían debido abandonar las filas partidarias –es el caso de Dardo Cúneo-, o llamarse a silencio – es el caso de Julio V. González-. En un escenario cada vez más polarizado y violento, las filas socialistas no parecían dar lugar a otra respuesta que no sea fuera la denegación de toda legitimidad¹¹ a un régimen al que se calificaba como francamente totalitario. Las miradas más complejas deberían esperar a los años posteriores a 1955.

¹¹ Esa denegación de legitimidad se veía expresada en el llamado de Ghioldi a que el conjunto de los partidos opositores: “Todos los opositores deben constituir un frente común. No pido la disolución de los partidos sino el entendimiento de todos para luchar contra la monstruosa tiranía. No tiene sentido que los partidos políticos permanezcan en las pocas o muchas bancas parlamentarias. Es necesario que los parlamentarios si vuelven al Congreso sea para destruir sus bancas y arrojarlas sobre el tinglado de la presidencia. La presencia de los parlamentarios de ahora en adelante será como una colaboración, aunque no deseada y proclamada, con la tiranía” (Ghioldi 1950: 30)

Reflexiones finales

El PS llegó a las elecciones presidenciales de febrero de 1946 encolumnado detrás de la oposición a un peronismo que asociaba con el fascismo. Sin embargo el duro golpe que implicó el resultado electoral suscitó dudas e interrogaciones. Aunque las perplejidades se hicieron notar incluso en el discurso de Ghioldi, quien no dejó de reconocer que el éxito peronista se asentaba en ciertas condiciones de receptibilidad, fueron intelectuales alejados del núcleo dominante del Partido quienes plantearon los cuestionamientos más profundos. Mientras José Luis Romero llamaba a vincular movimiento político y movimiento social, Julio V. González y Dardo Cúneo afirmaban que la misión del PS no podía ser la defensa de la Argentina pre-peronista sino la superación del peronismo en el propio terreno social.

Estos planteos fueron desoídos. A diferencia de lo sucedido en la época de Yrigoyen, cuando el socialismo intentó una difícil tercera posición, en los años que siguieron al triunfo peronista se colocó abiertamente en el bando de las fuerzas antiperonistas. Y lo hizo en nombre del peligro que el movimiento triunfante representaba para la tradición argentina, a la que ahora interpretaba en plena clave liberal. Cuando en 1948 creyeron que la última defensa de la Argentina liberal estaba por ser derribada, los dirigentes del PS antepusieron la defensa de la Constitución amenazada a la de una antigua tradición socialista: la participación en los comicios. Tal innovación generó intensas críticas, no se trataba ya de la oposición de figuras aisladas sino de la formación de una corriente que, encolumnada detrás de la revista *Unidad Socialista*, terminaría por abandonar las filas partidarias. El hecho de que el movimiento triunfante no avanzara en las temidas reformas corporativas no moderó la oposición socialista; por el contrario, el PS acentuó su prédica antitotalitaria y mantuvo la práctica abstencionista con la consiguiente pérdida de relevancia política.

Hacia 1950 el partido se hallaba, como lo subrayó Julio V. González, en un “punto muerto”. Para enfrentar tal situación el jurista platense no proponía, como antes los miembros de *Unidad Socialista*, el abandono del polo antiperonista y el acercamiento al peronista, sino la recusación de ambos polos en nombre de una propuesta que, por su carácter revolucionario, dejara atrás al peronismo, y con ello también al antiperonismo. Las propuestas de González fueron fácilmente derrotadas por un oficialismo partidario firmemente encolumnado en la lectura antitotalitaria del peronismo. Evaporada toda interpretación social de los fenómenos, el PS se abrazaba a una mirada “cívica” que, cuando no reducía al peronismo a una regresión civilizatoria, lo abordaba en clave de aberración psicológica.¹²

¹² En este punto merece marcarse la distancia con el pensamiento de Justo. El viejo líder rechazaba las lecturas “civilizatorias” de las guerras civiles argentinas del XIX y, planteando una interpretación en clave económica y

Sería justamente esa lectura, sostenida en una mirada reduccionista que separaba lo psicológico de lo social, la que discutiría Gino Germani. Junto al sociólogo italiano, él mismo simpatizante socialista, se encolumnaba un grupo de jóvenes militantes del PS entre los que se contaban Miguel Murmis, Jorge Graciarena, Miguel Murmis y Juan Carlos Marín. Con el apoyo de Germani, y también con el de José Luís Romero, estos jóvenes emprenderían una doble renovación: de la estrategia socialista y de las lecturas de la realidad argentina, en particular del peronismo. Pronto se enfrentarían con esas figuras tutelares emprendiendo un camino transformador que se mostraría exitoso sólo en el segundo de los objetivos. Sin dudas, ese trayecto “del socialismo a la sociología” es merecedor de un ulterior trabajo.

Bibliografía

- Altamirano, Carlos. 2001a. *Peronismo y cultura de izquierda*. Buenos Aires: Temas.
- , 2001b. *Bajo el signo de las masas (1943-1973)*. Buenos Aires: Ariel.
- Azzolini, Nicolás. 2010. *La antesala de la fiesta. El antiperonismo en las elecciones presidenciales de 1946*. Tesis de Maestría en Ciencia Política, Instituto de Altos Estudios Sociales, Universidad Nacional de San Martín.
- Bisso, Andrés. 2002. “De Acción Argentina a la Unión Democrática. El civismo antifascista como prédica política y estrategia partidaria del socialismo argentino (1940-1946), en *Prismas, Revista de Historia Intelectual* 6: 257-264
- , 2005. “Los socialistas argentinos y la apelación antifascista durante el ‘fraude tardío’ (1938-1943)”, Pp 321-341 en *El Partido Socialista en la Argentina. Sociedad, política e ideas a través de un siglo*, compilado por H. Camarero y C. Herrera, Buenos Aires: Prometeo.
- Blanco, Alejandro. 2006. “Estudio preliminar”, en Alejandro Blanco (comp.) *Gino Germani: La renovación intelectual de la sociología*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.
- Burdman, Javier. 2008. *Ghioldi y La Vanguardia ante el surgimiento del peronismo. La voz del Partido Socialista entre 1943 y 1945*. Presentado en el “Primer Encuentro de Estudios sobre el peronismo: la primera década”, Mar del Plata.
- Cúneo, Dardo. 1946. “Camino hacia la nueva libertad”. *El iniciador* 3, julio.
- , 1950. “Muerte y Resurrección del liberalismo.” *Nuevas Bases* 8, 15 de octubre.

social, argumentaba que las montoneras representaban “simplemente la población de los campos acorralada y desalojada por la producción capitalista, a la que era incapaz de adaptarse, que se alzaba contra los propietarios del suelo, cada vez más ávidos de tierra y de ganancias”. (Justo 1947: 167)

- Fiorucci, Flavia. 2006. "El antiperonismo intelectual: de la guerra ideológica a la guerra espiritual" Pp. 161-193 en *Fascismo y antifascismo. Peronismo y antiperonismo. Conflictos políticos e ideológicos en la Argentina (1930-1955)*, compilado por M. García Sebastiani. Madrid: Iberoamericana.
- García Sebastiani, Marcela. 2005. *Los antiperonistas en la Argentina peronista. Radicales y socialistas en la política argentina entre 1943 y 1951*, Buenos Aires: Prometeo.
- Germani, Gino. 1947. "Estudio preliminar" en E. Fromm, *El miedo a la libertad*. Buenos Aires: Abril.
- . 1962 *Política y sociedad en una época de transición. De la sociedad tradicional a la sociedad de masas*. Buenos Aires: Paidós.
- . 2003. *Autoritarismos, fascismo y populismo nacional*. Buenos Aires: Temas.
- Ghioldi, Américo. 1946^a. *Alpargatas y libros en la historia argentina*, Buenos Aires: s/d.
- . 1946b. "La traición de la dictadura". *La Vanguardia*, 12 de marzo.
- . 1950. *Marxismo, Socialismo, Izquierdismo, Comunismo y la Realidad Argentina de hoy*, Buenos Aires: Ediciones Populares Argentinas
- . 1953a. *La Contra-revolución nihilista de Perón*, Montevideo: Ediciones La Vanguardia (en el exilio).
- . 1953b. *La Argentina tiene miedo*, Montevideo: s/d.
- González, Julio V. 1946. "¿Es la hora del postulado máximo?", *El Iniciador* 2, abril.
- . 1948. "El Programa del Partido Socialista", *El Socialista*, 28 de septiembre.
- . 1950. *La oportunidad del Partido Socialista. Reflexiones sobre su acción futura*, Buenos Aires, s/d.
- Halperin Donghi, Tulio .1956. "Del fascismo al peronismo". *Contorno* 7/8.
- Herrera, Carlos. 2003. El Partido Socialista ante el peronismo, 1950. El debate Ghioldi-González", *Taller. Revista de sociedad, cultura y política* 21: 116-141
- . (2005) "¿La hipótesis de Ghioldi? El socialismo y la caracterización del peronismo (1943-1956)", Pp. 342-366 en *El Partido Socialista en la Argentina. Sociedad, política e ideas a través de un siglo*, compilado por H. Camarero y C. Herrera, Buenos Aires: Prometeo.
- . 2011. El Partido Socialista de la Revolución Nacional, entre la realidad y el mito. *Revista Socialista* 5: 63-74.
- Justo, Juan B. 1947) *La realización del socialismo*, Buenos Aires, La Vanguardia.
- La Vanguardia. 1948. "Contra la Reforma Fascista de la Constitución". *La Vanguardia*, 31 de agosto.

- Martínez Mazzola, Ricardo. 2008. *El Partido Socialista y sus interpretaciones del radicalismo argentino (1890-1930)*; Buenos Aires; Tesis doctoral en Historia; Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
- (2011a). “El debate Justo-Ferri y la cuestión de las alianzas políticas”, *Revista Socialista* 5: 63-74.
- (2011b). Apuntes “Justo, Korn, Ghioldi. El Partido Socialista y la tradición liberal”, en *Papeles de Trabajo* 8: 35-52.
- Nallim, Jorge. 2006. “Del antifascismo al antiperonismo: Argentina Libre,...Antinazi y el surgimiento del antiperonismo político e intelectual Pp. 77-105 en *Fascismo y antifascismo. Peronismo y antiperonismo. Conflictos políticos e ideológicos en la Argentina (1930-1955)*, compilado por M. García Sebastiani. Madrid: Iberoamericana.
- Panella, Claudio. 2004. “La Vanguardia y el surgimiento del peronismo”, *Anuario del Instituto de Historia Argentina* 4: 143-159.
- Partido Socialista. 1948a. “Orden del día en el 1° de mayo de 1948 ¡Por la Libertad y por la Justicia! *El Socialista*, 1 de mayo.
- 1948b. “El Partido Socialista y los problemas de la hora. Resoluciones votadas por el 36° Congreso Nacional celebrado en Mar del Plata el 27 y 28 de junio de 1948”. Buenos Aires: Casa del Pueblo.
- 1948c. “El País va directamente hacia un Régimen de Crudo Totalitarismo. El Partido Socialista señala los móviles de la Reforma Fascista de la Constitución”, *El Socialista*, 9 de noviembre.
- 1948 d. “Bases para una Argentina sin miedo”. Partido Socialista: Casa del Pueblo.
- Romero, José Luís. 1946. “La lección de la hora”, *El Iniciador* 2, abril.
- Unidad Socialista. 1948. “La reforma constitucional”, *Unidad Socialista* 1, 2ª quincena de junio.
- Viana, Juan Manuel. 2009. “El giro ético en el pensamiento socialista argentino: del subjetivismo de Alejandro Korn al antipopulismo de Américo Ghioldi”, presentado en las “XII Jornadas Interescuelas-Departamentos de Historia” San Carlos de Bariloche.